

La catedral ante los designios de la cultura del consumo

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Se inicia el primer número de la Revista del IPHE, revista añorada y necesaria desde hace años para acoger los trabajos de estudio e investigación en torno al Patrimonio Histórico y Arquitectónico de España, desde una mirada alejada de valencias comerciales y propicia a ofrecer sus páginas desde una valoración crítica del amplio espectro de la conservación, restauración y rehabilitación del legado cultural e histórico en el dilatado y significativo Patrimonio Español.

Se inaugura este número con una puesta en página en torno al legado histórico-arquitectónico más singular y cualificado de la Unión Europea, las catedrales. No son estas líneas, ni quien las escribe, el lugar oportuno para una valoración aproximada sobre la prodigiosa herencia patrimonial recibida en España, a pesar de tantos períodos de incuria, destrucción y abandono en un país como el nuestro, privilegiado por tan monumentales conjuntos catedralicios en los entornos históricos de nuestras ciudades.

Es cierto que una nueva conciencia sobre el Patrimonio, en general abandonado, cobra una nueva conciencia en manifestaciones culturales o académicas que acotan y favorecen políticas de consolidación en sus fábricas y se detienen campañas de demolición de tejidos históricos hasta hace pocos años pasto de la «limpieza inmobiliaria», pero junto a esta nueva mirada de conservación responsable que cada día avanza con mayor insistencia, aparece en la propia dialéctica del proceso conservación-rehabilitación, una serie de factores que por su naturaleza plantea una revisión y sobre todo una nueva lógica planificatoria y de atención al proyecto restaurador, que permita controlar el desarrollismo violento, la envoltura espectáculo, la destrucción diseñada de tan singular patrimonio.

Una variable que se agudiza en el tiempo estaría enmarcada en los términos que R. Asunto, historiador preocupado desde hace años, nos relata y advierte del riesgo que puede significar presentar la antigüedad como futuro, sobre todo ante una industria de la cultura que necesita de la historia como materia especulativa para recrear los ritos turísticos donde administrar las estrategias del consumo cultural.

El patrimonio construido y máxime la catedral, que durante siglos ha consolidado unas trazas y fábricas tan eficientes a la acción del tiempo y a la incuria de sus administrado-

res, en la actualidad se presenta en muchos programas de conservación o restauración, como un «operador simbólico» que ha de servir a la planificación económica, a los nuevos usos, o bien al proyecto arquitectónico rehabilitador que debe aceptar el simulacro posmoderno como una respuesta de modernidad en los nuevos programas asignados al gran contenedor espacial que representa la catedral.

El patrimonio, señalaba no hace mucho a un profesor en su Lección Magistral, «es una cuestión que hay que contextualizar», amenazante interrogante que al margen de su dislocada sintaxis, es un germen que podemos ver crecer en alguna de las actuaciones que sobre catedrales y conjuntos monumentales, se vienen realizando, ya sea en sus tipologías consolidadas, en sus funciones históricas, en la destrucción de sus contenidos patrimoniales, en la vulgarización de los sistemas constructivos ajenos a la estirpe y naturaleza del monumento, en la intervención de profesionales no cualificados ni especializados y sobre todo ante la llegada de improvisadas «elites», eclesiásticas, políticas y culturales que vierten sus miradas hacia el espacio construido sin respetar el misterio del tiempo ni leyes de la lógica restauradora.

De la aptitud reverencial de los viajeros del siglo XIX ante la «ruina», se aprecia hoy una corriente que pretende entender el patrimonio arquitectónico desde unas coordenadas estrictamente mercantiles, se trata de administrar la restauración y remodelación de los monumentos como fuente de plusvalías, en definitiva, recuperar la memoria de la historia aderezada con unos gestos formales de modernidad que puede producir atractivos beneficios.

No son pocas las catedrales que consolidado su estado de obsolescencia y recuperada su habitabilidad espacial, se pretende orientar los nuevos usos de sus recintos hacia los postulados ideológicos e intereses con los que se construyen hoy los parques temáticos, esas grandes termas visuales de la cultura de consumo.

Si queremos que la catedral consolidada y recuperada de su abandono secular, prodigiosa máquina del ingenio del arte de construir y deslumbrante modelo de la inteligencia, no sea adulterada por los nuevos ídolos de nuestro tiempo, que en la fugacidad de su espectáculo restaurador, mercantilizan los primitivos lugares de civilización y cultura, tendremos que vigilar muy atentos la remodelación y los cambios de signo del monumento.

Aparecen algunas operaciones de auténtica cosmética conservadora, modernizadora o progresista, que actúa sin pudor contra hitos tan significativos, ante tales síntomas tenemos que celebrar el nacimiento de la publicación de una revista como la presente, que alejada de intereses y oportunismos de clanes pueda levantar la mirada beligerante, crítica y



renovadora en un panorama restaurador tan oscurecido y distante de aquellos platónicos constructores de la Catedral de Chartres, que descubrieron para su construcción el principio que conserva el orden de la naturaleza, «cuando el arquitecto proyectaba su templo, según las leyes de la proporción armónica, no sólo imitaba el orden del mundo visible, sino que transmitía también, en la medida en que le es posible al hombre, una indicación de la perfección del mundo venidero»¹.

¹ Citado por Antonio Fernández Alba en la *Ciudad Herida*, pág. 74. Otto Von Simson. *La Catedral Gótica*. Ed. Alianza Forma, 1982, págs. 56-57.